

Ciudad de payasos

Cuando llegué al hospital esa mañana, encontré a mi madre trapeando los pisos. Mi viejo había muerto la noche anterior dejándola con una cuenta por pagar. La habían hecho trabajar toda la noche. Liquidé la deuda con un adelanto que me habían dado en el periódico. Le dije que lo sentía, y era cierto. Su rostro estaba hinchado y enrojecido, pero ya había dejado de llorar. Me presentó a una mujer negra de aspecto cansado y triste. “Es Carmela”, me dijo, “la amiga de tu padre. Estuvo limpiando conmigo”. Mi madre me miró a los ojos como queriendo que yo entendiera claramente lo que me había dicho. Y yo comprendí. Sabía exactamente quién era esa mujer.

“¿Osquítar? No te veía desde que eras de este tamaño”, dijo Carmela, tocándose la parte media del muslo. Me extendió la mano, y se la estreché de mala gana. Algo en su comentario me molestaba y me confundía. ¿Cuándo la había visto antes? No podía creer que estuviera parada allí, delante de mí.

En el velorio reconocí a mis medios hermanos. Conté a tres. Durante doce años me había mantenido apartado de la otra vida de mi viejo —desde que

nos abandonó, justo después de que yo cumpliera catorce años—. Carmela había sido su amante y luego su conviviente. Era menuda, del color del cacao y de ojos verdeazulados: mucho más bonita de lo que me había imaginado. Llevaba un vestido negro sencillo, mejor que el de mi madre. No hablamos mucho, pero me sonreía con ojos vidriosos mientras ella y mi madre iban por turnos, llorando y consolándose mutuamente. Nadie había previsto la enfermedad que acabó con mi padre.

Los hijos de Carmela eran mis hermanos, eso estaba claro. Todos teníamos un aire a don Hugo: los ojos algo achinados, los brazos largos y las piernas cortas. Eran más jóvenes que yo, el mayor quizás de diecisiete años, y el menor de unos once. Me preguntaba si debía acercarme a ellos; sabía, por supuesto, que siendo el mayor debía hacerlo. Finalmente, ante la insistencia de nuestras madres, nos dimos la mano. “Ah, el periodista”, dijo el mayor. Tenía la sonrisa de mi viejo. Intenté proyectar cierta autoridad sobre ellos —por mi edad, supongo, o porque eran negros, o porque yo era el hijo *verdadero*—, pero no me pareció que funcionara. Me faltaba convicción. Ellos tocaban a mi madre de una manera suave y familiar que indicaba una cierta cercanía, como si se tratara de una tía muy querida y no de la esposa suplantada. Incluso ahora ella les pertenecía. Su dolor era más intenso que el mío. Ser el primogénito del matrimonio legítimo no significaba nada; estas personas eran, a fin de cuentas, la verdadera familia de don Hugo.

En el periódico, al día siguiente, no mencioné la muerte de mi padre a nadie excepto al encargado de los obituarios, a quien pedí que publicara una nota como un favor a mi madre. “¿Es un pariente?”, preguntó con voz indiferente.

“Un familiar. Dame una mano en esto, por fa”. Le entregué un trozo de papel: *Hugo Uribe Banegas, natural de Cerro de Pasco, pasó a la vida eterna el dos de febrero pasado en el Hospital Dos de Mayo en Lima. Buen amigo y esposo, lo sobrevive doña Marisol Lara de Uribe. Que en paz descanse.*

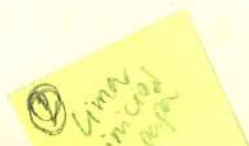
Dejé fuera del texto a mis hermanos y a mí mismo. También a Carmela. Ellos podían publicar su propio obituario, si querían, si podían pagarlo.

En Lima, morir es el deporte local. Quienes mueren de manera fantasmagórica, violenta o espectacular son celebrados en los periódicos de cincuenta céntimos con titulares apropiadamente macabros: CONDUCTOR SE HACE PURÉ o TIROTEO DE NARCOS, TRANSEÚNTES COMEN PLOMO. Yo no trabajo para esa clase de periódicos, pero si lo hiciera también escribiría esos titulares. Al igual que mi padre, nunca rechazo un trabajo. He cubierto redadas antidrogas, homicidios dobles, incendios en discotecas y mercados, accidentes de tránsito, bombas en centros comerciales. He escrito sobre políticos corruptos, viejas glorias del fútbol convertidos en alcohólicos, artistas que odian al mundo. Pero nunca he hecho un reportaje sobre la muerte inesperada de un trabajador de edad madura en un hospital público. Llorado por su esposa, por su hijo, por su otra esposa y por los hijos de esta.

La muerte de mi padre no era noticia. Yo lo sabía, y no había razón para que se convirtiera en motivo de sorpresa o inquietud. De hecho, no lo era. En la oficina, me dediqué a escribir mis artículos y no me preocupé por su partida. Pero esa tarde Villacorta me envió a investigar sobre payasos, para un especial dominical sobre artistas callejeros que me había encargado semanas atrás. Quizás se debía al humor en el que me encontraba, pero la sola

idea me puso triste: payasos, con sus sonrisas absurdas y simplonas y sus ropas estrafalarias y raídas. Había caminado apenas unas cuantas cuadras cuando inexplicablemente me asaltó un sentimiento de pérdida. Lo sentí en el ruido insistente de las calles, en el parloteo de un discjockey en la radio, en la luz deslumbrante del sol veraniego, sentía como si Lima se burlara de mí, me ignorara, me apabullara con su indiferencia. Una mujer corpulenta vendía pelucas pelirrojas y rubias en una carretilla de madera. Un payaso fatigado descansaba en el borde de la acera, con un cigarrillo entre los labios, y me pidió fuego. No tuve el coraje de entrevistarlo. El sol parecía atravesarme con sus rayos. Mi pequeña familia se había disuelto en otro grupo, del cual yo no formaba parte.

En Lima, mi padre se había dedicado a la construcción. Construía oficinas, remodelaba casas. Era diestro con el martillo, sabía pintar y resanar, podía levantar una pared en cuatro horas. Era gasfitero y cerrajero. Carpintero y soldador. Cuando le ofrecían un trabajo, siempre respondía lo mismo: "Esto lo he hecho un montón de veces", decía para tranquilizar a un cliente, mientras examinaba una herramienta que no había visto jamás en su vida. De niño, admiraba a mi padre y su laboriosidad. En mi barrio era fácil medir el progreso de una persona: cuán rápido se construía el segundo piso de tu casa, cuán rápido comprabas los accesorios de una vida de clase media. Durante la semana, mi padre trabajaba en las casas de otras personas; los fines de semana, lo hacía en la nuestra. Su empeño rindió frutos. Estrenamos un nuevo equipo de sonido con un casete de Héctor Lavoe. Vimos la Copa América del año 85 en un elegante televisor a colores.



No todo era tan honesto, por supuesto. Mi padre era *vivo*, y comprendió rápido la verdad esencial de Lima: si se quiere hacer dinero, hay que obtenerlo de sus calles de piedra y concreto. Hay ganadores y perdedores, y formas de salir siempre bien parado. Era un hombre encantador y trabajaba bien, pero siempre, siempre estaba al acecho de una oportunidad.

Era demasiado inquieto para sobrevivir en su tierra natal. Pasco, donde nacieron mi padre y mi madre, no es ciudad ni campo. Es un lugar aislado y pobre de las alturas de la fría puna andina, pero es urbano en algo muy específico: su concepto del tiempo es mecanizado, y nadie se salva del incontenible avance del capitalismo. Pasco no es lugar de pastoreo ni de agricultura. Los hombres descienden bajo tierra en turnos de diez horas. Su horario es monótono, uniforme. Al salir —sea en la mañana, tarde o noche—, empiezan a beber. El trabajo es brutal y peligroso, y con el tiempo su vida sobre la superficie empieza a parecerse a la de abajo: los mineros viven los riesgos, beben, tosen y escupen una saliva espesa y negra como la brea. *El color del dinero*, le dicen, y luego compran otra ronda de tragos.

Mi viejo no estaba hecho para esos rituales. En lugar de eso, empezó a manejar camiones hacia la costa y a la ciudad. Tenía veintinueve años cuando se casó con mi madre, casi una década mayor que su joven esposa. Desde los veinte años había pasado la mayor parte del tiempo trabajando en Lima y visitando Pasco solo cada tres o cuatro meses. De alguna manera, en esos viajes de vuelta al terruño floreció un romance. Cuando se casaron, ya habían sido pareja durante cinco años, separados la mayor parte del tiempo. Yo nací seis meses después de la boda. Durante varios años él siguió yendo y viniendo, construyendo una casa en la ciudad, en el distrito de San

Juan de Lurigancho. Cuando mi madre se hartó de que la dejara sola, nos trajo aquí con él.

Creo que eso fue lo único bueno que hizo por nosotros. O por mí. Cuando recuerdo Pasco, esa fría planicie de altura, su aire enrarecido y casas que se hundan, agradezco estar aquí. Crecí en Lima, fui a la universidad y conseguí un trabajo decente. No hay futuro en Pasco. Los niños no estudian, y en todo caso no les enseñan casi nada. Inhalan terokal en bolsas de papel o se emborrachan a la débil luz de la mañana antes de ir a la escuela. En Lima, la silueta de la ciudad cambia continuamente, se levanta un nuevo edificio o se derrumba otro con estrépito. Es gris y peligrosa, pero la ciudad perdura. En Pasco, hasta los propios cerros se mueven: los destripan desde su interior, los despojan de sus minerales, los transportan y los vuelven a armar. Ver a la tierra moverse así, y saber que, de una forma u otra, todas las personas con quienes vives son cómplices de ese acto, es demasiado perturbador, demasiado irreal.

Tenía ocho años cuando nos mudamos. Mi padre era un extraño, incluso para mi madre, al parecer. En el ómnibus a Lima viajaron tomados de las manos mientras yo dormía sobre el regazo de mi madre, aunque ya era muy grande para eso. Eran los primeros días de enero, y dejamos a Pasco congelada, con el tamborileo sincopado del granizo cayendo sobre sus techos de calamina. Vimos como las dispersas luces anaranjadas desaparecían detrás de nosotros, y cuando desperté era de madrugada y estábamos llegando a la estación de Lima. "Aquí hay gente mala", nos advirtió mi viejo. "Sé mosca, Chino. Ya eres un hombrecito y tienes que cuidar a tu mamá".

Yo había estado antes en la ciudad, dos años atrás, aunque apenas la recordaba. Un día mi padre llegó a Pasco y me llevó con él durante tres semanas. Me paseó por

la ciudad señalándome los edificios importantes y mostrándome el movimiento de las calles. Recuerdo a mi madre diciéndome que a los seis años yo ya había viajado más que ella. Ahora ella sostenía mi mano mientras el mundo se arremolinaba a nuestro alrededor y yo veía a mi viejo abrirse camino entre los hombres que se encontraban junto a la puerta abierta del compartimiento de equipajes del ómnibus. Acababa de amanecer. La gente se daba de codazos y empujones, y la masa humana se bamboleaba de un lado a otro. Mi padre, que no era alto ni particularmente fuerte, desapareció en su interior. Mi madre y yo aguardamos. Me quedé mirando fijamente a un hombre de bigotes que nos rondaba y tenía la mirada clavada en la cartera que mi madre sujetaba entre su cuerpo y el mío. Entonces empezaron los gritos: un hombre empujó a otro y lo acusó de querer robarse sus paquetes. El acusador tenía un pie apoyado con firmeza sobre una de sus cajas. Estaba pegada con cinta adhesiva y tenía un nombre y dirección escritos a un lado.

—Oye compadre, ¿qué chucha quieres con mis cosas?

—¿Cómo? Perdón tío, me equivoqué.

El segundo hombre era mi padre. Había sido un accidente, protestaba. Los paquetes se parecen unos a otros. Tenía los largos brazos doblados, las palmas de las manos vueltas hacia arriba, los hombros encogidos sin gracia. Pero el otro hombre mayor estaba furioso, tenía la cara roja y los puños apretados.

—No mierda, aquí no hay errores. ¡Ladrón!

Otros hombres los separaron; en medio de la confusión, mi padre me sonrió, y entonces me di cuenta de que habíamos traído solo maletas, no cajas.

Frente al Congreso, por la Avenida Abancay, una marcha de protesta había desbordado las aceras y con-

Centos de
lima
protestas

gestionado el tráfico de la ciudad a lo largo de cinco cuadras. Podían ser obreros de construcción, o quizás los ex trabajadores de la compañía de teléfonos o enfermeras en huelga. Los movimientos sociales, al igual que los predadores, perciben la debilidad: el Presidente se tambaleaba, la mitad de su gabinete había renunciado. Pero en las calles era aún Lima, la bella y desgraciada Lima, infeliz e impermeable al cambio. Había asistido a una conferencia de prensa en las afueras y volvía en bus a la ciudad. El aire se sentía pegajoso y denso como una sopa espesa. Una esbelta policía de tránsito en uniforme beige dirigía los automóviles hacia el Este, a través de las diminutas calles de Barrios Altos, donde quintas hacinadas se desploman unas sobre otras, donde los muchachos atan los cordones de sus zapatillas baratas mientras escudriñan el tráfico lento en busca de una oportunidad. El día anterior habían ocurrido varios robos, buses enteros desvalijados al detenerse en una luz roja, por lo que todos íbamos tensos sujetando fuertemente nuestras cosas contra el pecho. Era la primera semana de carnavales y todos los chicos de entre cinco y quince años (que en Barrios Altos son casi todos) habían salido a las calles llevando globos llenos de agua, amenazantes e impacientes. Nuestro dilema era cómo preferíamos sufrir.

—Oye, chato, cierra la ventana.

—Estás loco, hace mucho calor.

Empezó un tira y afloja entre quienes preferían ser víctimas de un robo o una travesura con tal de acabar con el calor asfixiante, y quienes se oponían. El conductor tensaba el cuerpo contra su cinturón de seguridad de confección casera. Las ventanas se abrían y cerraban, jaladas y empujadas, mientras en la acera los muchachos esperaban expectantes con las manos dentro de baldes, acariciando globos de agua como si fueran las tetas de las

enamoradas de sus mejores amigos. El ataque llegó de todas partes al mismo tiempo: de los pasajes estrechos entre edificios ruinosos y también de las azoteas, chicos arrojando globos con ambas manos, por encima, por abajo, de dos en dos. El agua se coló a través de las ventanas rajadas. Las aceras brillaron empapadas por el agua grasosa de globos rojos, verdes y blancos. Pronto me di cuenta, sin embargo, de que el objetivo primario no era nuestro bus, ni otros buses, ni como suele ser el caso, una chica joven de blusa blanca. En lugar de todo eso, en la acera, esquivando los globos, había un payaso.

Era un vendedor ambulante, un pobre payaso trabajando, que al bajar de un bus se encontró en la mira de un centenar de muchachos. Se esforzaba por protegerse sin perder la compostura. Agachó la cabeza contra el pecho, de manera que su peluca multicolor soportara la dureza del ataque, una masa de hebras rojas y rosadas colgando empapadas. No tenía a dónde ir: un paso adelante, un paso hacia atrás, un paso hacia la pared, un paso hacia el borde de la acera —bailaba con torpeza en sus enormes zapatos de payaso, mientras le llovían los globos—. La gente empezó a reírse en el bus, una risa que los hermanaba: los pasajeros dejaban de lado sus cavilaciones para señalar, reírse y ridiculizar. ¡Ay Lima! El payaso levantó la mirada con impotencia; el traje se le pegaba al cuerpo. El coro surgió de los niños; siguiendo el ritmo entrecortado de globos que reventaban y bocinas impacientes, empezaron a cantar: ¡Payaso mojado! ¡Payaso mojado! Nuestro conductor hizo sonar la bocina al compás; apenas avanzábamos. ¡Payaso mojado!, cantaban los niños con la melodía de un viejo cántico del Alianza Lima. El cobrador, apiadándose, abrió la puerta y jaló al payaso hacia el interior. El bus quedó en silencio.

El payaso chorreaba sobre el piso de metal corrugado, con el maquillaje blanco del rostro corrido y pelos rosados arrugados pegados a las mejillas. La pintura había bajado hasta manchar el cuello de su disfraz. Me dio ganas de llorar, este pobre payaso, este patético espécimen limeño. ¡Hermano! ¡Causa! El bus no se movía, pero de pronto avanzó. La descarga de globos aminoró y entonces, en ese silencio incómodo, a pesar de su desaliño, el payaso empezó a trabajar. Metió la mano a uno de sus bolsillos interiores y sacó una enorme bolsa plástica de caramelos de menta. Pequeñas gotas de agua caían de la bolsa. “Señores y señoras, damas y caballeros”, proclamó. “Me encuentro aquí el día de hoy para ofrecerles un nuevo producto, un producto que quizás no hayan visto jamás. Desarrollado con la más moderna y refinada tecnología europea de fabricación de caramelos de menta...”.

Aún podíamos escuchar los gritos, el mitin frente al Congreso. Cucharas de palo contra ollas, una monótona protesta metálica sin ritmo, la gruesa voz del pueblo y su rabia sin foco. Los descontentos y los postergados arrojaban piedras y quemaban llantas antes de dispersarse por las calles viejas de la ciudad. El payaso, con su plástica voz de payaso, intentaba vendernos caramelos de menta y su sonrisa era pura fuerza de voluntad.

La sala de redacción bullía de actividad; un anuncio presidencial sobre la economía había puesto a todos a trabajar. Corrían rumores: un miembro del gabinete había huido del país. No presté mucha atención. Salí temprano del trabajo rumbo a San Juan, a ver a mi madre. Llevaba una copia del periódico para mostrarle el obituario, una especie de ofrenda de paz.

San Juan, mi vieja calle: el mismo árbol torcido

proyectando delgadas sombras en la luz evanescente del anochecer. Llevaba seis años viviendo en el Centro, pero aún reconocía ciertos rostros. Don Segundo, del restaurante, que me había dado de comer gratis mil y una veces cuando el dinero no nos alcanzaba. Doña Nélide, la de la esquina, que nunca nos devolvía las pelotas que caían en su azotea. También estaba allí Elisa, nuestra vieja vecina, como siempre sentada en un banquito frente a su tienda. Una de las patas era más corta que las demás, y ella lo había solucionado colocando una guía telefónica entre la pata coja y el piso.

—Vecina —le dije.

Hablamos durante un minuto, una conversación relajada y familiar. Qué estaba haciendo. Mi trabajo en el periódico. Lo orgullosos que se sentían de mí en el barrio cuando veían mi nombre impreso. Yo sabía que esto último no era cierto, al menos no entre los de mi edad. Había visto cómo me miraban mis viejos amigos: conscientes, quizás, de que alguna vez formé parte de su mundo, pero desdeñosos de cualquier pretensión que pudiera tener de seguir perteneciendo a él. Éramos fragmentos de la historia de cada uno, fagonazos desvaneciéndose en el cielo de una noche despejada.

Finalmente, Elisa dijo:

—Tu mamá no está en la casa, Chino.

Los postes de luz eléctrica se habían encendido, y noté con cierta sorpresa que ahora cubrían una parte del cerro. El vecindario aún seguía creciendo. Cada día llegaba más gente, como lo hicimos nosotros, con maletas, cajas y esperanzas, a forjarse una vida en la ciudad. Habíamos tenido suerte. Nuestra nueva casa era pequeña pero bien construida. Todos nos acogieron con afecto. Nuestra calle desbordaba de niños, y en una semana me olvidé de Pasco, de los amigos que dejé allá. Mi madre

consiguió trabajo como empleada doméstica en San Borja, iba cuatro días por semana a casa de los Azcárate, una pareja amable con un hijo de mi edad. Sus patrones eran generosos, dulces y comprensivos en exceso, especialmente luego de que don Hugo nos abandonó. Nos prestaron dinero y ayudaron a pagar mis estudios cuando mi viejo abandonó también esa responsabilidad. Nunca la hacían trabajar hasta tarde —entonces, ¿dónde estaba?—.

Elisa me miró algo avergonzada.

—Sabes, Chino, se está quedando con la negra. Con la familia de Carmela, en La Victoria.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tu padre se enfermó, Chino.

Elisa me hizo señas de que no me marchara, mientras vendía un kilo de azúcar a una mujer mayor de vestido verde claro. Yo había enrollado el periódico hasta formar un apretado bastón, que ahora golpeaba contra mi muslo. Consideré las noticias de Elisa, su significado. La inmensa debilidad de mi madre, su asombrosa falta de orgullo. ¿Cómo podía funcionar el arreglo para ambas, en especial ahora que el hombre que las había vinculado estaba muerto? Carmela tenía una tienda de ropa que había abierto con la ayuda de mi padre. Con *mi* dinero probablemente, el que debió haber gastado en *mis* libros, en *mi* educación. El negocio había tenido éxito, pero, ¿era suficiente para sostener el dolor de dos viudas y tres hijos, dos de los cuales, al menos, todavía estaban en el colegio?

Elisa volvió de nuevo hacia mí, mientras su cliente se iba por la calle arrastrando los pies.

—¿Viene seguido por acá? —le pregunté.

—¿Tu madre? A veces. La vi hace unos días, pero no le hago muchas preguntas. Tiene vergüenza. Tiene miedo de qué pensarás.

—Ella sabe exactamente lo que pienso.

Elisa suspiró.

—No quería que te enteraras.

—Entonces no ha debido contármelo.

Elisa se apoyó contra la reja de metal de su tienda.

—Óscar.

—Lo siento, vecina. —Bajé la cabeza como un niño que se ha portado mal, y estampé las huellas de mis zapatillas en el suelo polvoriento. —Gracias de todas formas.

—Le diré que viniste, cuando la vea. O si no, Chino, ya sabes, si quieres, puedes...

—Gracias, vecina.

Era tarde. Desde mi calle, solía cortar camino por el terreno que queda detrás del mercado. Lo hacía a cualquier hora, sin temor alguno, pero ahora era un riesgo innecesario. Los adictos ya estarían allí. En la lumbre parpadeante de su ritual creo haber reconocido a un viejo amigo, pálido y perdido. Tomé el camino largo para llegar a la avenida.

Intenté imaginar a mi madre en su nuevo hogar, durmiendo en la cama para huéspedes o en una cama plegable que debía guardar cada mañana. Mi madre junto a Carmela, compartiendo historias y lágrimas, perdonando al viejo en un nostálgico dúo de viudas. ¿Qué podrían tener ambas en común? Carmela era limeña, una mujer de negocios; sabía cómo funcionaba la ciudad. Mi madre era una niña cuando conoció a mi viejo, tenía apenas quince años. En Lima, él aprendió a bailar salsa; a beber y fumar, a pelear, cachar y robar. Mi madre no aprendió nada de eso. Esperó a que Hugo volviera y le propusie-

mamá y
nida con
Carmela (4)

ra matrimonio. Aún ahora mantenía su acento serrano. Durante años, solo conoció una línea de buses —“el bus verde grande”, le decía— que la llevaba a la casa de los Azcárate. ¿Qué podían compartir Carmela y mi madre, además de un campo de batalla? Mi madre había capitulado. Pensarlo me dio vértigo. Solo una vida como la suya te podía preparar para una humillación de esa clase.

Cuando recién nos habíamos mudado a la ciudad, mi madre me llevaba los sábados a casa de los Azcárate. Íbamos en el bus verde grande, mi madre tensa, mirando las calles sucederse en gris monotonía, temerosa de que se le pasara el paradero. Gracias a que era un niño, y no un empleado, podía cruzar ciertos límites. Los Azcárate eran buenos conmigo, y nunca me sentí fuera de lugar en su casa. Colocaba mis libros en la mesa del jardín y hacía la tarea mientras tarareaba canciones para mí mismo. Algunas veces su hijo Sebastián y yo nos declarábamos la guerra y sosteníamos batallas épicas con una multitud de soldados de plástico.

Mi madre adoraba estar en esa casa. Le gustaba el orden. El lujo de la alfombra de color marrón dorado. Incluso le gustaban los libros, porque representaban el progreso, aunque no podía leerlos. Cuando la importunaba en la cocina, siempre me hacía salir de allí: “Anda y coge un libro, Chino. Estoy ocupada en este momento”.

Un día estaba sentado con ella en la cocina y le pregunté por qué nos habíamos mudado. En la comodidad de esa cocina, yo sabía que *aquí* se estaba mejor que *allá*, pero por la forma en que mi madre hablaba algunas veces de Pasco uno se hubiera imaginado un amplio y fértil valle de clima templado y gente acogedora, en lugar del pueblo minero frío y violento que era en realidad. Lima la asustaba. Se sentía a salvo únicamente en dos lugares: nuestra casa y la de los Azcárate.

M—Teníamos que mudarnos, Chino. Tu padre vivía aquí —estaba preparando un bizcocho, removiendo la mezcla con una espátula—. ¿Extrañas Pasco?

Ni siquiera tuve que pensarlo.

—No —le respondí—. ¿Tú lo extrañas, Ma?

M—Por supuesto —dijo.

—¿Por qué?

Su rostro se entristeció.

M—¡Allá están tus abuelos! ¡Allá crecí! Chino, ¿cómo puedes preguntarme eso?

—No lo sé —le dije, porque en realidad no lo sabía. No entendía por qué idealizaba la vida que habíamos dejado atrás—. Allá hace frío.

M—Si vivieras lejos de mí, ¿no me extrañarías?

—Claro que sí, Ma.

M—Así es como me siento.

—¿Por qué no vienen mis abuelos a Lima? —pregunté.

M—Ay, Chino, ellos están muy viejos. No les gustaría vivir aquí. Lima es demasiado grande. Yo nunca me acostumbraré.

—Mi papi no extraña Pasco.

Ella sonrió. Para mi padre Lima era su patio de recreo, el lugar donde podía convertirse en la persona que siempre había imaginado ser.

M—Él es diferente —dijo por último—. Y tú, Chino —añadió—, tú eres igualito a tu padre.

Me senté en el Jirón de la Unión a ver a Lima pasar. Un centro comercial peatonal con pollerías y salones de tatuado, relojes robados y discos compactos piratas en venta. Edificios coloniales cubiertos por carteles y anuncios publicitarios. Jeans Levi's de imitación hechos en Gamarra; y zapatillas Adidas bamba hechas en el Llauca. Bullicio de conversaciones y transacciones: cambistas de

dólares; tragamonedas; casetes para aprender inglés, que anunciaban "*Hand*" y, luego de una pausa, "*Mano*". Músicos ciegos cantando. Choros tasando a los turistas. La ciudad respirando.

Había leído el obituario de mi padre una y otra vez, lo había confrontado con las demás noticias del día en busca de conexiones, de coincidencias, de algún sentido. El privilegio de ser periodista, de saber cuán cerca del precipicio nos encontrábamos, a veces parecía no valer la pena. El Presidente parecía aturdido y desorientado frente a la prensa. Los ministros desaparecían en vuelos nocturnos fletados a la Florida. La vida seguía su curso. Vi a un policía recibiendo una coima en la privacidad de un portal semi-escondido. Una monja intentó colocarme una cinta en la camisa a cambio de un donativo. La esquivé con mi sonrisa más amable.

En ese momento, desde la Plaza San Martín, todo el mundo empezó a correr hacia mí, pasaron delante de mí y siguieron rumbo a la Plaza Mayor. Las puertas metálicas se cerraban con estrépito a lo largo del Jirón. Los negocios cerraban con sus clientes adentro. El policía desapareció. Me imaginé lo peor: una turba de fanáticos de fútbol borrachos haciendo destrozos y saqueos, violando y robando. Corrí hasta el final de la cuadra y observé a la gente dispersándose. El Jirón quedó vacío y ante mis ojos apareció una de las cosas más extrañas que jamás hubiera visto: quince chiquillos lustrabotas.

Los niños caminaban en filas de tres, vestidos con ropa de segunda mano, zapatillas de talones gastados, camisetas donadas con logotipos estadounidenses. Algunos eran tan jóvenes que se veían diminutos en comparación con sus instrumentos de trabajo. Uno arrastraba su caja de madera detrás de sí, indiferente a que esta chocara y rebotara contra los adoquines de la calle. Todos eran fla-

cuchentos, frágiles y risueños. Cuando se acercaron hacia donde yo estaba, vi que los lideraba un payaso parado sobre zancos, que los doblaba en altura y bailaba entre ellos con elegancia, formando ochos, con los brazos extendidos como las alas batientes de un pájaro.

Una vez salí con una chica llamada Carla, que había usado zancos para un espectáculo circense de un grupo religioso juvenil. Los necesitaba, realmente: sus manos, pies, senos y piernas eran pequeños y pronto perdieron su encanto para mí. Desnuda, era tan compacta que parecía casi corpulenta. Vestida, manipulaba sus formas con jeans apretados y blusas elásticas aún más apretadas. A medida que se desnudaba, su cuerpo parecía ablandarse y reducirse a colgajos, y terminaba dándome la espalda, ligeramente avergonzada. Carla vivía en San Miguel, cerca del mar. Algunas veces íbamos a mirar las corrientes submarinas de agua sucia deshaciéndose contra la orilla del mar en espirales pequeñas, muestra de las promesas incumplidas de Lima con el agua. Una vez ella llevó consigo sus zancos, que decía no haber usado en varios años. Para entonces ya había empezado a aburrirme, pero nunca había visto de cerca a alguien en zancos ni tampoco había salido con una mujer más alta. La ayudé a subirse a ellos, y se volvió imponente de pronto, medio cuerpo más alta que yo. La chica tímida y cautelosa que conocía desapareció. Todo en ella se veía más grande, más prominente. Su rostro desapareció entre el brillo del sol poniente. Era todo un monumento. Bailoteó sobre la arenisca dándome palmadas en la cabeza y volví a ser un niño. Desde abajo, sus senos se veían más grandes y sus caderas, más esbeltas. Se reía despreocupadamente. Me abracé a sus muslos, recorrí con mis dedos su imponente carne. Estuvo a punto de caerse, pero la sostuve. Le bajé el cierre

con los dientes, enterré mi rostro en su entrepierna y rendí culto a la majestuosa mujer que tenía delante.

Ahora miraba asombrado mientras la marcha de protesta pasaba delante de mí con los niños susurrando sus exigencias, y el pánico empezaba a desaparecer. ¿Había sido un simulacro? ¿Algún tipo de broma? Los propietarios de las tiendas y sus clientes emergían de sus refugios, aliviados y confundidos. Una vez más, Lima nos había jugado una mala pasada.

Fue a los doce años cuando descubrí que mi viejo tenía un lado oculto. Su plan funcionaba así: instalas un nuevo baño, pones las mayólicas en la cocina o añades un tercer piso a una casa de Surco o La Molina. Eres un trabajador modelo, siempre cortés y respetuoso. No pones tu música muy fuerte. Te limpias los pies al entrar y dejas todo impecable al terminar tu labor. Mientras tanto, tu verdadero trabajo lo haces con los ojos: televisor, *sí*; equipo de sonido, *sí*; computadora, *sí*; joyas, *sí*. Todo lo que es eléctrico se puede vender: los electrodomésticos de la cocina e incluso el reloj de pared. También la buena ropa, en especial si es de mujer. Buscas ventanas sin cerrojos, puertas poco sólidas, entradas traseras. Vigilas sus horarios: a qué hora trabaja el esposo, cuándo va la esposa a la peluquería. A qué hora llegan los chicos del colegio. En qué momento se queda sola la empleada.

Mi padre y su banda eran inteligentes. Podían esperar varios meses o hasta un año. Algunas veces el guachimán del vecindario también estaba involucrado; por una pequeña suma de dinero podía avisarte cuando la familia saliera de viaje. En otros casos, la peor parte la llevaba la empleada: no solo le daban un susto, a menudo también la culpaban por lo ocurrido.

Recuerdo una noche en casa. Planeaban algo, o quizás estaban celebrando. Eran seis. A algunos de ellos los conocía tan bien que les decía *tíos*. Venían a menudo, a beber con mi viejo, a jugar fútbol los domingos. Se sentaban muy juntos, hablaban en voz baja y una que otra vez estallaban en carcajadas. Me llamaron para que trajera más cerveza de la refrigeradora. Le pasé la botella helada a mi padre, quien la tomó sin mirarme, atento a lo que su cómplice Felipe estaba diciendo. Yo también lo escuché: “Siempre trato de abollar bien a la empleada”, dijo Felipe con orgullo. “Y de romper algo —para que la familia no crea que ella tuvo que ver en el asunto—”. Todos celebraron su perversa generosidad. También mi padre. Me quedé parado a un extremo del grupo de hombres mientras pasaban la cerveza de mano en mano. No podía entenderlo. De pie allí, imaginé a mi propia madre desplomándose sobre el suelo.

El Día de San Valentín decidí tirarme a una puta. En homenaje a mi padre, supongo. Caía en domingo, así que los enamorados tenían todo el día para besuquearse en los parques y meter furtivamente las manos bajo las blusas, desabotonándolas ávidamente con el pulgar y el índice. Lima es una ciudad trabajadora, incluso en días feriados. Las putas trabajan horas extras porque saben cómo somos. No me sentía particularmente solo —mi vida es como es— pero esa noche caminaba distraído, inseguro de lo que buscaba exactamente. Me dije a mí mismo que salía para tomar un poco de aire fresco. Y allí estaba, paseando por la ciudad, bajando por la Avenida Tacna, dejando atrás los tragamonedas y los vagabundos dormidos en las bancas. Aún había bastante gente en las calles: las aceras estaban

San valentin
buscando
puta

llenas y grupos de transeúntes se arremolinaban en las esquinas. Los carros al Callao hacían sonar sus bocinas para atraer pasajeros. Y entonces comenzó el desfile: altas, bajas, gordas, flacas, viejas, jóvenes. Debajo de los arcos de las puertas, o recostadas contra las sucias paredes: chinas, cholos, morenas y negras.

No te dicen ni una palabra; solo miran cómo las miras. Es lo que todos hacen, y lo que hice yo. Me di cuenta de que quería echarme un polvo. La idea me hizo sonreír. Empecé a prestarles más atención y a caminar más lento, a la espera de que alguna me llamara la atención.

Solía pensar que así fue como mi viejo conoció a Carmela. Que la eligió de una pasarela de prostitutas, un desfile de putas ansiosas por una aventura con un ladrón trabajador, sonriente y seguro de sí mismo. Esta lógica se adecuaba bien a mi rabia: su nueva esposa, una prostituta corriente. No había ocurrido de esa manera, por supuesto. Quizás sí se enamoró de Carmela. Quizás sintió por ella cosas que no sentía por mi madre. Pero nada de eso me importaba. Esas pendejadas no se hacen. Puedes acostarte con quien quieras. Tirarte a otra mujer en la oscuridad anónima de un cuarto de hotel. Ir a chupar con tus amigos, contarles todo lo que ocurrió y reírte, reírte a carcajadas. Pero, ¿enamorarte? ¿Dejar que te arrastren a una vida paralela, a otro matrimonio, a otro compromiso?

No. Vas a casa con tu mujer. Aprendes a vivir con las decisiones que tomaste.

—¿Qué estás mirando, muchachón?

Volví a la realidad. La puta se relamió los labios.

—Tu culo, mi amor —dije, y ella sonrió maliciosamente.

—Puedes hacer más que mirar, por siaca...

Esta vez me tocó sonreír a mí. Revisé mi bolsillo en busca de dinero. Sentí los bordes rotos de un solitario billete viejo. Era suficiente. La avenida estaba a oscuras, iluminada a medias por la luz anaranjada de los postes. Entrecerré los ojos y me aproximé a ella. Era una bella negrita. Llevaba una camiseta sin mangas, apretada, generosamente reveladora. Uno de sus tirantes se le había descolgado ligeramente del hombro. La puta puso una mano sobre mi barriga, con la palma extendida contra mi camisa. Los bordes afilados de sus uñas recorrían mi piel. Estaban pintadas de rojo. Su sonrisa era una de las cosas más obscenas que he visto en mi vida. La ciudad quedó vacía, excepto por nosotros dos.

—Vamos —le dije.

Villacorta me pedía el artículo. Yo evitaba cruzarme con él. El Gobierno no había colapsado y las marchas de protesta continuaban. Un grupo de trabajadores textiles desempleados quemó llantas y saqueó tiendas en El Agustino. Se decía que el Presidente no regresaría de su próximo viaje oficial. Yo contaba con que esa historia creciera aún más, hasta sacar mi artículo sobre los payasos de la sección de noticias del domingo próximo. Una semana extra de plazo me sería útil.

Me dediqué a trabajar, a dormir y a seguir trabajando, e intenté pensar lo menos posible en mi viejo, en mi madre y en Carmela. Empecé a pensar en payasos. Para mi sorpresa, se habían convertido en una especie de refugio. Tan pronto como empecé a buscarlos, los encontré por todas partes. Me ayudaban en cierto modo, a ordenar la ciudad: buses, esquinas, plazas. Encajaban con mi humor. Al adueñarse de lo absurdo y aceptar la

vergüenza, la transformaban. *Rtete de mí. Humíllame. Y cuando lo hagas, yo habré triunfado.* Lima era, literalmente y en espíritu, una ciudad de payasos.

El calor de febrero ahogaba a la ciudad, incluso tras la puesta del sol, y por las noches rara vez iba más lejos del bar de mi cuadra. Los ventiladores del techo giraban dispersando el calor. Me gustaba escuchar el rumor de una docena de conversaciones diferentes, el tintinear de los vasos, el aplauso entusiasta del cuarto del fondo. Todo eso hacía que me sintiera menos solo.

Una noche, un payaso se sentó a mi lado en la barra. Lo reconocí. Trabajaba por las mañanas frente a San Francisco para los escolares que venían de paseo. Conocía su traje rojo y anaranjado. Por lo general tenía un compañero, pero esta vez se encontraba solo, cansado, disfrazado a medias, camino a casa. Como yo, probablemente quería un trago que lo ayudara a dormir. Hubiera debido ignorarlo, pero antes de que me diera cuenta ya las palabras se me habían escapado:

—¡Eres un payaso!

Se volteó, intrigado, y me miró a los ojos.

—¿Me lo estás preguntando o me lo estás diciendo, causa?

—Preguntando, chochera.

—¿Y quién carajo eres tú? —Su ceño fruncido no se parecía en nada al de un payaso, era el tipo de mirada que asustaría a un niño. Tenía maquillaje blanco impregnado en las arrugas de los bordes de sus labios.

—Óscar Uribe —dije—. Trabajo para *El Clarín*.

—¿El periódico? —volteó para pedir otro trago. Jalé dos sillas a la mesa que estaba junto a la barra y coloqué en ella mi botella de vino tinto.

“¡Maestro!”, le dije al mozo. “¡Un vaso más, por favor!”. El mozo hizo un gesto indicando que me había

escuchado. Volví a mirar al payaso y le indiqué la silla vacía. Él se encogió de hombros y se sentó.

Su nombre era Toño y me dijo que no tenía mucho tiempo.

Pero me encargué de que el vino continuara fluyendo. Le conté sobre mi madre, sobre mi viejo. Sobre Pasco y San Juan. Él me escuchaba y bebía. Luego me contó sobre su ciudad natal en el norte, su llegada a Lima sin un centavo. Me dijo que había vivido bajo el puente Santa Rosa. ¿Y lo de ser payaso?

—Es una chamba, compadre. Mejor que algunas y peor que otras —dijo—. No soy bueno para otras cosas. Era esto o robar.

—Amén —le dije.

Me contó lo bien que se sentía de encarnar a alguien diferente para subsistir, y de poder estar en la calle en un día despejado. Me habló de los rostros dulces de los niños y de cómo le conmovía verlos felices. Se quejó de tener que competir con cualquier don nadie desempleado para vender caramelos en los buses.

—¿Te alcanza para vivir?

—No gasto mucho —dijo asintiendo—. No tengo mujer, ni hijos.

—¿Cómo fue que acabaste haciendo esto?

Sonrió de manera tan inesperada que pensé que no me había comprendido. Era una sonrisa maravillosa, una verdadera sonrisa de payaso. Con el pulgar, restregó el maquillaje que aún quedaba en las arrugas de su rostro. Su expresión me indicó que era yo quien no había comprendido nada.

—No, causita —me dijo, sacudiendo la cabeza—. Las cosas suceden así: un día te despiertas y ¡bum!, eres un payaso.

El señor ingeniero Hubert Azcárate abrió la puerta. Le dio la mano a mi padre, me palmeó la cabeza y nos hizo pasar. Me limpié los pies tres veces, restregándolos una y otra vez contra el grueso felpudo de la entrada. Había estado allí muchas más veces que mi padre. Él vigilaba cada uno de mis movimientos. Luego de bajar tres escalones, la habitación se abrió amplia y ventilada, un espacio lleno de luz. Un sofá en forma de L y un sillón de cuero estaban dispuestos alrededor de una mesa de centro de madera. Repisas empotradas en las paredes contenían cientos de libros. Yo los había revisado en otras ocasiones, y había leído muchos de ellos. Las ventanas daban a un jardín con árboles, pasto y flores de colores vivos.

—¡Mari! —gritó el señor Azcárate—. ¡Tu esposo está aquí, con el Chino!

Mi madre salió de la cocina, algo impactada de vernos. Su uniforme de empleada era de un blanco inmaculado. Nos besó a ambos en las mejillas y luego preguntó, preocupada:

—¿Qué están haciendo aquí?

El señor Azcárate se había sentado en un confortable sillón de cuero y nos observaba con un aire de benevolencia patricia.

—No te preocupes, Mari —dijo—. Tu esposo solo quiere hablar conmigo. No hay ningún problema.

—Vuelve a la cocina —dijo mi padre—. Antes de marcharnos pasaremos a despedirnos.

—Pero, Mari... —dijo el señor Azcárate—. Tráeme un café. Tú sabes cómo me gusta. ¿Quiere un café, Hugo?

—Oh no, gracias.

—No es problema. En serio. Mari, trae dos cafés —ella asintió y se fue.

Mi padre se sentó. Empezó con un recuento de todas las razones por las que estábamos agradecidos al señor Azcárate y su familia. Su generosidad, su solidaridad, su comprensión. “Las cosas no siempre han sido fáciles, pero siempre le digo a Mari, todos los días se lo digo, que Dios nos sonreía el día que ella consiguió este trabajo”.

Nunca había oído a mi padre invocando el nombre de Dios por otra razón que no fuera explicar el clima.

El señor Azcárate asentía, *sí, sí, sí*, saboreando la gratitud de mi padre. Era un hombre delgado cuyos ojos azules se habían vuelto cada vez más pronunciados a medida que su cabello retrocedía. A menudo bizqueaba al hablar, como si estuviera alejándose y temiera perderlos de vista.

—Por favor, por favor, Hugo, continúe.

—Señor ingeniero, en el nuevo colegio de Chino todos tienen plata —continuó mi padre. Yo estaba a punto de empezar a estudiar en un colegio privado de San Isidro donde los Azcárate me habían conseguido una beca.

—¿Le preocupa la matrícula? —preguntó el señor Azcárate—. Ya le expliqué a Mari que todo está cubierto excepto los uniformes.

—No, no, no es eso —mi viejo buscaba las palabras adecuadas—. Usted sabe, señor ingeniero, que soy albañil. Trabajo casi todos los días, o más bien, todos los días que puedo —puso su brazo sobre mis hombros—. Estamos muy orgullosos de Chino. Siempre supe que era un chico inteligente. Pero, usted sabe, siempre estamos en apuros para pagar por esto o por aquello. No siempre hay trabajo, ese es el problema... Me da vergüenza siquiera preguntarle, después de todo lo que ha hecho por nosotros.

—No, no, pregunte, Hugo, por favor —el señor Azcárate se inclinó hacia mi padre. El silencio de mi padre era calculado—. ¿Cuánto tiempo lleva Marisol trabajando con nosotros? —preguntó Azcárate—. Déjame responderte: el tiempo suficiente como para considerarla parte de nuestra familia —sonrió y se volvió hacia mí, hablándome como si tuviera cinco años—. Tú también eres parte de la familia, Chino, ¿lo sabías? Y también lo es tu padre.

Yo asentí, perplejo. Finalmente mi viejo habló, y esta vez fue directo al grano.

—Quería, si es posible, si alguien del nuevo colegio de Chino necesita que le hagan un trabajo en su casa...

—Eso realmente no lo sé.

—No, pero si hubiera, ¿podría usted recomendarme? ¿Para mi negocio?

Era el tipo de favor preferido de don Hubert Azcárate: aquel que podía cumplir. El tipo de favor que confirmaba su generosidad. Era un hombre bueno, en realidad lo era. Prometió que así lo haría. Mi padre sonrió contento.

—Dale las gracias al señor Azcárate, Chino —me dijo. Yo sacudí la mano venosa del ingeniero. Luego mi padre le agradeció efusivamente. Ambos hombres se abrazaron.

—No tiene idea de lo que esto significa para mí —dijo mi viejo.

En ese momento apareció mi madre con el café.

Toda mi vida me han llamado Chino. En Pasco, en Lima. En mi casa, en el barrio. Así como a otros les dicen Chato, Cholo o Negro. Basta con que alguien pro-

nuncie esas dos sílabas para que yo preste atención. Por supuesto, hay miles de nosotros, quizás cientos de miles, aquí y en otros lugares donde se habla castellano. No hay apodo menos original. Hay jugadores de fútbol y cantantes llamados Chino. Uno de nuestros presidentes corruptos se quedó para el resto de su vida con el sobrenombre *chino de mierda*. A pesar de todo, ese es mi nombre y siempre lo fue. Hasta que empecé a estudiar en el Peruano Británico. Allí me llamaban Piraña.

Los pirañas eran ya todo un fenómeno en Lima cuando empecé la secundaria. Las autoridades habían ordenado que se les investigara y organizaban redadas policiales. Los reportes noticiosos presentaban imágenes impactantes. Era una ciudad al borde del abismo. En bandas de quince o veinte, rodeaban en enjambre un automóvil y lo despojaban rápida y despiadadamente. Tapacubos, espejos, luces. El tráfico a paso de tortuga mantenía a la presa en su sitio —el dueño del vehículo, indefenso, hacía sonar frenéticamente la bocina, consciente quizás de que lo más inteligente era no hacer nada—. Esperar a que se fueran. Pero esa opción solo funcionó durante un tiempo. Bandas más audaces empezaron a romper ventanas y llevarse carteras, teléfonos celulares, relojes, lentes de sol, radio. *Servicio completo*, bromeaba sombría la gente. Una nueva forma de crimen, decían los sociólogos. Y un observador sagaz —de esos que trafican con palabras y frases— los bautizó como “pirañas”.

Era el pase de lista matutino en el patio de mi nuevo colegio y mi clase había formado en fila india. Encontré mi lugar según el orden alfabético de nuestros apellidos: Uribe, casi al final. Ugaz iba delante de mí y Ventosilla, detrás. Mi uniforme estaba pulcro y bien planchado, y visto de lejos quizás lucía como todos los demás. El profesor nos fue llamando y, uno a uno,

entramos a nuestro nuevo salón de clase. Mis compañeros me buscaron durante el recreo. "Oye, ¿juegas?". El chico sostenía una pelota de fútbol en las manos. La pateó hacia mí. Yo la pateé de vuelta, asegurándome de hacerlo con buen estilo. Me presenté como Óscar o Chino. "César", respondió él. Formamos un equipo. Escogimos a un chico de lentes y lo pusimos al arco. Jugamos. Metimos y nos metieron goles. Gritamos, sudamos e insultamos. Fue entonces que le quité la pelota a un chico del otro equipo, este gritó *foul* y se tiró al suelo sujetándose el tobillo y haciendo muecas. En San Juan le habría dicho *maricón*, y allí hubiera terminado la cosa. Pero él gritó, "¡Oye!, ¡oye!", y todos nos detuvimos. "Eso fue *foul*, huevón", dijo frunciendo el ceño. "¿De dónde diablos eres?".

No tenía por qué responderle, pero lo hice. Pude haber mencionado cualquier lugar de la ciudad, pero no fue así. "De San Juan de Lurigancho", respondí.

Por supuesto que tarde o temprano hubieran descubierto dónde vivía. Me hubieran visto caminar hacia la Avenida Arequipa a tomar el bus a casa. Hubieran sabido que no vivía en La Molina o Surco. Pero, quizás, si no hubieran descubierto este detalle el primer día, si me hubieran llegado a conocer mejor, no me habrían asociado con la reputación criminal de mi distrito.

—¿De San Juan? —dijo, con una sonrisa cruel en los labios—. Aaaaaahh... ¡Habla, Piraña!

La mañana siguiente, a las ocho y media, me encontré con Toño frente a San Francisco. Ya estaba maquillado y disfrazado. Yo seguía quitándome las legañas y reponiéndome de la resaca de vino tinto. Me presentó a su compañero, un payaso de rostro amarillo llamado Jhon.

—¿Tú eres el reportero? —preguntó Jhon con recelo.

—Tranquilo —dijo Toño.

De su mochila sacó un enorme traje blanco con lunares verdes. Me quedaba como una bolsa de basura. Toño dijo que estaba perfecto, y Jhon estuvo de acuerdo. Lo siguiente fue un par de zapatos verdes; los pies me bailaban dentro de ellos. Medían el doble del largo de mi antebrazo. Luego me dio un espejo y tres envases plásticos de pintura facial, cada uno del tamaño de un rollo de película fotográfica.

—Cuídalos —me dijo entregándome una brocha delgada.

Me sentí otro; los detalles de nuestra conversación de la noche anterior estaban tan nebulosos y saturados de vino, que no recordaba con exactitud cómo había terminado en esta situación o a qué me había comprometido. Observé en el espejo mi transformación. Pinté círculos rojos en mis mejillas. Jhon me dio una nariz. Era una enorme bola de ping-pong roja, cortada por la mitad y sujeta por una liga. Me quedó muy bien. Para terminar, Toño sacó un gastado sombrero de bufón del fondo de su mochila. Las puntas caían flácidamente sobre mi rostro. Serviría.

Mientras caminaba por la ciudad, un tercio de un trío de payasos, me sorprendió comprobar lo relajado que estaba, y cuán invisible era. Uno pensaría que todas las miradas se centrarían en nosotros, en nuestros disfraces chillones y nuestras sonrisas pintadas a mano, pero la mayoría de personas simplemente nos ignoraba, pasaban caminando frente a nosotros sin siquiera mirarnos; solo los niños nos señalaban y sonreían, y a veces nos hacían adiós. Jhon y Toño hablaban sobre fútbol, yo observaba y escuchaba como en un sueño. Éramos fantasmas en me-

dio de la multitud, tres ciudadanos-empleados más de la gran ciudad, despiertos y vivos un jueves por la mañana.

Dejamos pasar varios buses porque estaban casi vacíos. "Trae mala suerte cuando recién empieza el día", explicó Toño. Finalmente, nos hizo una señal al ver que un bus más lleno se aproximaba. Nos empujamos pasando frente al cobrador y de inmediato estábamos ya en escena, con todas las miradas sobre nosotros. "¡Señoras y señores!, ¡damas y caballeros!". Nos paramos en fila, Toño al centro, gritando por sobre el traqueteo asmático del motor. "¡No he venido a pedirles caridad! ¡En realidad, soy un hombre rico! ¡Este es mi bus! ¡Este es mi chofer! ¡Y *este...*", vociferó Toño apuntando al cobrador, que tenía medio cuerpo colgado fuera de la puerta del autobús y gritaba la ruta, "...*este* es mi mascota!".

Jhon era su coro, repetía cada frase de Toño con una estereotipada voz de borracho tomada de una canción de Rubén Blades. Hacía el ademán de caerse, y Toño, con fingida vergüenza, pedía disculpas por su compañero ebrio, que había pasado la noche anterior "¡celebrando la compra de su nueva casa de tres pisos en San Borja!".

Me sentí inútil. Mostraba mi estúpida sonrisa de payaso y me daba golpecitos con los dedos sobre el pecho. Podía sentir cómo la pintura facial se secaba hasta convertirse en una incómoda capa que sujetaba en una contorsión forzada los músculos de mi rostro. Me sentía aturdido, casi mareado, a medida que el bus avanzaba por la avenida. Hablaban, pero apenas los escuchaba. Toño estaba a punto de terminar. "Mi humilde sirviente—Dios bendiga al pobre sordomudo— pasará ahora por sus sitios para recibir su voluntad". Hizo una profunda reverencia y luego con un gesto me dejó hacer mi parte.

No teníamos nada que vender; era una idea audaz de Toño para reducir costos. Era *nuestro* bus; avancé por

el corredor recogiendo el dinero de cada pasajero. "Pasajes, pasajes a la mano", murmuraba, como lo haría un cobrador. Algunos pasajeros que dormitaban abrían apenas los ojos y, sin pensarlo, me entregaban una moneda. Otros depositaban su sencillo en mi mano, e incluso había quienes me daban las gracias. La mayoría me ignoraba y miraba hacia otra parte, incluso hombres y mujeres que habían observado la rutina y sonreído.

Recolecté 4,20 soles en total. El bus se detuvo. "¡Damas y caballeros, que tengan un buen día!", gritó Toño. Nos encontramos de nuevo con el sol de la mañana. Toda la operación nos había tomado cinco minutos.

Inserté una moneda en la ranura y marqué el número de la bodega de Elisa. Recién empezaba la tarde. Toño y Jhon estaban sentados en un café al otro lado de la calle y compartían una taza de té. Habíamos vuelto al Centro y tomábamos un descanso. Nos habían echado de algunos buses, nos habían arrojado sencillo y nos habían escupido. Pero ganamos dinero. Había sido un buen día, me aseguró Toño, mejor de lo normal. Ambos parecían satisfechos.

El teléfono sonó y sonó en San Juan, y finalmente Elisa contestó. Me preguntó cómo estaba.

Miré la concurrida calle, a la gente volviendo a casa o al trabajo. "Estoy en la oficina, vecina, no puedo hablar mucho". Le pregunté si había visto a mi madre.

—En el funeral, Chino. ¿Por qué no fuiste?

—Tenía que trabajar. No pude ir. ¿Ella dijo algo?

—Te extraña, Chino —escuché a Elisa suspirar—. Dice que todo va bien con Carmela. Que quizás venda la casa.

No dije nada.

—Chino, ¿estás ahí?

—Aquí estoy.

llamada
a Elisa

—¿La vas a ir a visitar?

Toño y Jhon estaban pagando con sencillo y regateaban por un poco más de agua caliente. Contaban el dinero en monedas de diez céntimos. La mesera intentaba reprimir una sonrisa. Jhon se inclinó sobre el mostrador y le mandó un beso volado. Eran payasos encantadores.

—Gracias, vecina —dije y colgué el teléfono.

Mi nuevo apodo indicaba que yo era peligroso, pero a la vez me hacía el débil. Nunca me tuvieron miedo. Yo solo era una broma para ellos. No representaba nada, excepto quizá un error. Un chico tonto de barrio. Era muy delgado. Muy débil. Me insultaban incluso cuando jugaba bien o corría rápido. En San Juan, bromeábamos sobre cómo iba a darles una paliza a estos pitucos, pero la realidad era muy diferente. Ejercían su poder despreocupadamente, a veces de manera inconsciente. Podían hacerme a un lado con un comentario o simplemente con su silencio.

—Es tiempo de que empieces a trabajar —anunció mi padre un día.

Era mi segundo año en el Peruano Británico. Tenía casi catorce años. En más de un año, nunca me habían invitado a la casa de un compañero de clase. Todos los días recorría el trayecto de San Juan a San Isidro en silencio.

Había pensado mucho sobre el trabajo de mi padre. Lo había examinado según las reglas de la ética y la ley. Lo que hacía estaba mal. No cabía duda. Pero cuando él me dijo que era hora de que empezara a trabajar, mi mente reunió un año de insultos dispersos y los entretejió. Saboreaba esas heridas, e imaginaba cuánto

(13)

Empieza
tanta jalea
a papo

placer me daría ir a la casa de uno de esos chicos, intercambiar sonrisas, asentimientos y apretones de manos. Trabajar allí, y luego *robar*. Empecé a comprender a mi viejo, o a pensar que lo comprendía. Pero quería estar seguro.

—Quiero trabajar —le dije.

—Claro que sí. Todo hombre quiere trabajar.

—Pa, ¿vamos a entrar a robar a esta casa?

Se sentó. Frunció el ceño. Me había malinterpretado.

—¿La gente ha estado diciendo cosas?

Asentí.

—¿Y qué piensas de lo que dicen? —Parecía listo a sonreír ante la menor insinuación de aprobación de mi parte.

—Yo les creo.

—Bueno, Chino... —dijo, y se detuvo.

Quise decirle que no había problema conmigo. Que esas mierdas de ricachones podían quejarse a Dios si no les gustaba lo que hacíamos. Que podían mudarse a Miami y hacerse gringos. Que si querían decirme Piraña, les convenía ser buenos y estar listos cuando llegara a tomar posesión de todos sus tesoros.

Mi padre se pasó un dedo por el pelo y parpadeó. Sus enormes ojos negros estaban semicerrados, su boca era cómicamente pequeña, pero su amplia sonrisa equilibraba todo, organizaba el revoltijo de sus facciones. Llevaba el pelo negro meticulosamente peinado hacia atrás. Con el rostro en reposo, era la caricatura de un indio. Cuando se reía, en cambio, era un Clark Gable mestizo. Por ello reía y sonreía, y hacía de esa sonrisa la pieza clave de su personalidad. En ese momento se encontró con la mirada fija de su hijo —su único hijo, como yo creía entonces—.

—Chino, tú y yo solo somos hombres que trabajan. En esta ciudad suceden muchas cosas locas —chaseó los dedos y se rió. Me abrazó—. ¿Okey?

La esposa tenía buen ojo para los colores. Nos dijo que ella misma había decorado la casa. Nos hizo recorrer la enorme mansión suburbana a mí, a mi padre y a Felipe, indicando reformas y retoques en el diseño: una pared que habían echado abajo, dejando al descubierto solo vigas pintadas. “¿Ven cómo le da más amplitud a la habitación? ¿Cómo le da otra sensación?”, preguntó. Los tres asentimos con los ojos bien abiertos y atentos. Había tragaluces, balcones, un jardín con árboles en flor, pero nos concentramos en aquello que podía robarse: una computadora, un equipo de sonido, incluso un lavavajillas. El esposo era ejecutivo en un banco, un viejo amigo del señor Azcárate. Querían remodelar el segundo piso, añadir un cuarto para la televisión, nos dijo. No sería mucho trabajo, quizás tres o cuatro semanas. Algo de pintado. Una nueva alfombra. Un par de ventanas nuevas y reparaciones menores.

Yo trabajaba los sábados, y veía allí a mi padre más tiempo que en la casa. La mayor parte de la semana no vivía con nosotros. Su hijo más joven estaba aún en pañales, y seguramente mi madre ya sabía lo de Carmela para entonces. Cuando él iba a casa discutían, aunque nunca supe el motivo. La construcción de nuestra casa se había ido aplazando, el segundo piso estaba aún al aire libre, con una lámina de plástico grueso atada en las esquinas de tres paredes. Cuando peleaban, me refugiaba allí a observar las siluetas que las cimas de los cerros dibujaban contra el cielo.

La familia para la que trabajábamos tenía un hijo, Andrés, que cursaba el año inmediatamente superior al mío en el Peruano Británico. En su casa me ignoraba. En el colegio, se aseguró de divulgar que yo había caído aún más bajo. Sentía las miradas, el rechazo. Para cuando él se levantaba los sábados, yo llevaba ya tres o cuatro horas trabajando. Sus fines de semana, hasta donde pude observar, eran como un prolongado bostezo. Yo colocaba azulejos en el vestíbulo. Él comía cereal. Yo lijaba y tomaba medidas para las estanterías que debíamos construir. Él hablaba por teléfono, lo suficientemente fuerte como para que lo oyera. "Sí, Piraña está aquí. Claro que estoy vigilando mis cosas, huevón". Ni siquiera intentaba esconder el desdén que sentía por mí. Lo escuchaba especular sobre qué chica sería la primera en dejarse seducir allí. Qué tanto abriría las piernas. Arrastrando un largo cable telefónico tras de sí, se pavoneaba por la zona de trabajo, se quejaba del polvo y pedía a su madre que nos dijera que el ruido del lijado le hacía doler los oídos. Montaba toda una escena para demostrar su poder. Yo bajaba la cabeza en los momentos adecuados y pretendía no oírlo.

Un sábado, cuando estábamos casi a punto de terminar con el trabajo de la jornada, la familia completa empezó a alistarse para ir a un matrimonio. La madre iba y venía, y cambió de vestido tres veces. El padre vino a decirnos que tendríamos que marcharnos un poco más temprano porque ellos ya tenían que irse. Nos apurábamos con el trabajo, intentando terminarlo, cuando Andrés le gritó a su madre:

—¡Mami, dile a Piraña que deje de martillear!
¡Con tanto ruido ni siquiera puedo pensar!

Salió al vestíbulo, vistiendo un terno de paño gris y una corbata roja aún sin anudar, y me lanzó una mirada hostil.

—¿Cómo lo llamaste, Andrés? —dijo su madre con severidad entrando a la habitación. Tenía un peinado corto, sujetado en un pequeño moño y endurecido con gel. Se paró delante de él, esperando a que hablara.

—Piraña —murmuró Andrés.

¿Qué? —dijo ella, sorprendida, avergonzada—. ¿Por qué lo llamas así? —se volvió hacia mí—. Hijo, ¿cómo te llamas?

—Óscar, señora.

—Tu mamá trabaja con los Azcárate, ¿no es así? Sentí que me ponía rojo.

—Sí, señora.

—¿Y en qué año estás?

—En tercero, señora.

Andrés observó esta conversación con fingida y practicada cortesía. Con su elegante terno se había transformado y estaba listo para ser fotografiado para las páginas sociales limeñas. Era más alto que yo, y en ese momento aparecía impregnado de un aire de superioridad, profunda y cruel. Yo llevaba puesta mi ropa de trabajo, gastada en las rodillas y manchada de pintura.

—Andrés —dijo su madre—, este es Óscar. Este jovencito estudia en tu colegio. Es amigo de Sebastián Azcárate. Ahora dale la mano y preséntate como un caballero.

Sus ojos se endurecieron, al igual que su mano. La extendió.

—Andrés —dijo.

—Óscar.

Nos dimos la mano. *No, tú tienes razón, pensé, soy Piraña, conchetumadre. Ese es mi puto nombre.* Lo miré con hostilidad y sostuve su mano quizás por demasiado tiempo. Le di un apretón.

60 D

—Ya basta, muchachos —dijo su madre, y ambos dieron media vuelta para marcharse.

—Buenas tardes, señora —dije.

Presentamos nuestra rutina a pasajeros de Santa Anita, Villa María y El Agustino. Viajamos por Comas, Los Olivos y Carabayllo. Tres días. Lima en la vitrina, en todo su esplendor. Fui comprendiendo el funcionamiento de los sistemas vitales de la ciudad: sus células, sus arterias, sus múltiples corazones latientes. Recolectábamos risas y monedas, hasta que sentía como me pesaban en el bolsillo del traje. Me sentía un agente secreto. Vi a seis conocidos: entre ellos, una ex enamorada, dos antiguos vecinos de San Juan, y una mujer de la universidad. Incluso un colega del diario. Ninguno me reconoció. Yo también me olvidaba de mí mientras patrullaba la ciudad y me dedicaba a espiar mi propia vida. Nunca me había sentido así: expuesto ante todos, pero protegido de los ojos intrusos de propios y extraños.

61
72

Vi a mi ex enamorada mordién dose la uña del dedo meñique. Cuando estaba con ella, me había parecido del tipo de mujer que florecería, maduraría, se volvería más atractiva cada año. Pero ya tenía treinta y siete años y aún no era bella. La miré a los ojos mientras me entregaba una moneda, y sentí una corriente eléctrica cuando su dedo rozó mi palma extendida. No tenía ni la menor idea de quién era yo.

(16)

Mi viejo le había pagado al guardia de seguridad. Él nos indicó un día y una hora. Toda la familia estaba fuera de la ciudad. Había esperado seis meses para esto. Yo era un buen estudiante, pero ellos me odiaban. Era un

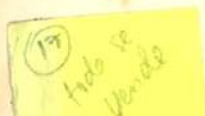
(15) En los
mirros
con los
causados

buen jugador de fútbol, pero se burlaban de mí. No los entendía en lo absoluto, ni entendía por qué eran como eran.

Llegamos en la combi sin ventanas de Felipe. Me arrojaron por sobre la pared. Abrí la puerta del garaje y estacionaron el vehículo en reversa. Lo demás fue sencillo. El televisor, el reproductor de video, la computadora, el equipo de sonido —todo fue puesto en la combi y embalado cuidadosamente—. Nos movíamos con agilidad por la casa oscura, cargando las mercancías como si fueran objetos de arte. Y lo eran. Un elegante teléfono inalámbrico representaba treinta soles. Una licuadora, quince, si sabías dónde venderla. Todo era tan ordenado y eficiente que ni siquiera parecía un robo.

Mi padre me dijo una vez que en Lima todo se puede comprar y vender. Ese día caminábamos por el mercado de San Juan, más allá de los puestos de fruta. Las moscas zumbaban alrededor de la carne y el pescado. Una mujer vendía ropa apilada en montones altos y desordenados. Camisetas bamba del Barcelona. Partes de automóviles, carteras y relojes robados. Un anciano tenía una carretilla de herramientas: martillos, alicates y clavos doblados, oxidados, inconfundiblemente usados. A mi viejo le pareció patético. “¡Clavos usados!”, exclamó. “Por el amor de Dios, ¿tan pobres somos?”.

Hice un último recorrido por la casa. Casi habíamos terminado. Era la primera vez que los acompañaba; para mi viejo, una forma de decir que confiaba en mí. Yo quería entrar al negocio porque confiaba en él. Nos iba a ir bien. Tendríamos dinero. Terminaríamos el segundo piso de la casa y mi madre sería feliz nuevamente. Ambos serían felices. No me imaginaba que él estaba a punto de abandonarnos.



En el segundo piso, me quedé observando el cuarto que habíamos construido. Se veía magnífico, incluso con el agujero que quedó donde había estado el televisor. Me sentí orgulloso de mi trabajo. Un poco más allá, junto a los azulejos que yo mismo había colocado, estaba el dormitorio de Andrés. No buscaba nada en particular. Ya nos habíamos llevado su equipo de sonido portátil y su reloj despertador. Encendí la lámpara. En el clóset había media docena de zapatos y camisas blancas y azules de cuello duro. Las acaricié todas. Recorrí con los dedos todo el perchero hasta encontrarlo: su terno de lana gris. Acababa de sacarlo del armario cuando mi padre entró a la habitación.

—¿Qué mierda haces? —dijo entre dientes—. ¡Apaga esa maldita luz!

—Perdón —dije. Nuevamente estábamos a oscuras.

—Nos vamos. Deja eso donde estaba —dijo—. No podemos venderlo.

—Quizás sí podamos.

—Estamos apurados, Chino. Vamos.

—Es para mí —dije.

—Esta no es una tienda. Tú no necesitas eso.

Tenía razón. No lo necesitaba, no lo necesitaría. No hasta mi entrevista de trabajo en *El Clarín*, siete años más tarde. Sabía que tendrían que pasar uno o dos años para que me quedara bien, si es que yo crecía y echaba cuerpo algún día. Era un anhelo insulso y sin sentido, pero real.

—Lo quiero por mi cumpleaños —dije.

Apenas podía distinguirlo entre las moradas sombras.

—¿Tu cumpleaños? —dijo mi padre. Lo había olvidado—. Bueno pues, llévatelo entonces.

Me dediqué a recorrer la ciudad en mi traje verde y blanco y a pensar en mi madre. Puse mi artículo en un sobre, lo sellé y lo envié por correo. No busqué a Villacorta ni revisé el periódico para ver si lo habían publicado. Me separé de Toño y Jhon, les pagué veinte soles por el traje, los zapatos y nuestros recuerdos. Les agradecí desde el fondo de mi nuevo corazón de payaso. Y no me dediqué a repetir su rutina, ni ninguna otra. Me quedé sin ahorros. Me ponía el traje de lunares y me enfundaba los inmanejables zapatos. Pintaba mi rostro en la luz mortecina del espejo del vestíbulo. Colocaba la pelota de ping-pong roja sobre mi nariz, sentía el tirón de la liga contra mi pelo. Subía a los buses y pagaba mi boleto al igual que cualquier otro pasajero, salvo que yo era distinto de todos ellos. Sabía que me encontraría con ella. Esta era nuestra ciudad, suya y mía. Nos encontraríamos en algún lugar bajo la triste mirada de Lima.

Fui a La Victoria. Los chicos de las esquinas me miraron preguntándose si valdría la pena robarle a un payaso. Caminé por sus estrechas calles, con los zapatos dando golpes secos contra las aceras ruinosas. Me senté en una banca frente a la casa de Carmela y esperé. Mis hermanos negros fueron y volvieron del colegio, del trabajo. Ni siquiera me miraron. Formaba parte del paisaje. Un policía se detuvo y me preguntó si estaba bien.

—Solo descansando, jefe —le dije.

Me preguntó si vivía por allí.

—Soy el hijo de don Hugo.

—¿Hugo, el de Carmela? —preguntó. Luego me dejó solo.

Carmela llegó a casa cargando vestidos y me sonrió, pero solo porque ella sonríe a todo el mundo. Su puerta se abrió de par en par y desde mi banca puede echar un vistazo a su mundo, el nuevo mundo de mi ma-

dre. En ese momento empecé a recordar cosas: la calle, la casa. *No te veía desde que eras de este tamaño*, había dicho Carmela en el hospital. Lo recordé. Cuando tenía seis años, don Hugo me había traído a ver a su amante. Nunca antes había visto a una persona negra. Lloré y dije que parecía que se había quemado. Ella sonrió y me pellizó suavemente la mejilla. Él me dio un golpe y me dijo que fuera bueno con mi tía. No me atreví a tocar el timbre. Sabía que ella sería amable conmigo, aun vestido así. Tan amable como era con mi madre. Respondería todas mis preguntas y me contaría cómo conoció a mi padre, cómo se enamoró de él, las cosas dulces que él le decía. Carmela y mi madre ya debían haber hablado de todo esto. ¿Qué revelaciones podía tener yo para ellas, en todo caso? Ellas habían discutido ya los pormenores de sus desengaños paralelos: quién había estado con él cuándo, quién había estado con él primero, quién era inocente, quién era culpable. Y ambas lo habían perdonado, eso era lo más asombroso de todo.

¿Por qué siempre lo perdonabas, Ma? Él le contaba todo primero a ella —sobre ti, sobre mí, sobre los trabajos que hacía y los que planeaba hacer—. Te dejó nadar en la oscuridad, y preguntarte por los espacios ausentes, y pensar en los errores que pudiste haber cometido. Y luego nos abandonó. Y tú lo perdonaste, Ma. Tú lo perdonaste.

Luego de robar la casa de Andrés, el botín fue repartido, pero ni mi madre ni yo vimos nada de él, con excepción del terno de lana gris. La semana siguiente, yo estaba bruñendo los pisos laqueados de otra hermosa casa. Otro sábado, y luego otro. Acompañé a mi padre y a su banda en tres trabajos. Ahora entiendo por qué el dinero escaseaba. Tenía cuatro hijos que mantener. Acabábamos de terminar un encargo de dos semanas en una

casa cuando Felipe llegó con su camioneta. Recuerdo que me extrañó que no hubieran esperado un tiempo para no despertar sospechas. Pensé que sabía bien cómo era la jugada. Le pregunté a mi padre.

—Cállate —me dijo—. No hagas preguntas.

Manejamos por las calles oscuras. Me senté en el asiento de atrás, sintiendo el vaivén de la combi. No sabía adónde estábamos yendo, pero cuando bajé del vehículo lo descubrí de inmediato. Miré a mi padre horrorizado, esperando algún tipo de explicación, pero él solo se encogió de hombros. *En esta ciudad suceden muchas cosas locas.* Me empujaron por sobre la pared, hacia el jardín donde había jugado de niño. A través de la ventana podía ver las elevadas repisas de la pared más distante, los elegantes sofás de cuero.

Eran demasiado ricos y confiados. Su guachimán estaba dormido en una desvencijada silla de madera. Cuando abrí la puerta del garaje desde dentro, el hombre se despertó sobresaltado. Mi padre fue hacia él y le rompió la mandíbula. Felipe lo arrastró al jardín y lo amarró a un árbol. El guachimán se sentó allí, vendado, amordazado y sangrante, mientras saqueábamos la casa. Sus pertenencias me resultaban tan familiares que sentía como si me estuviera robando a mí mismo.

Era espantoso y lógico a la vez: el golpe más arriesgado de todos. Conduje a Felipe y a mi padre por toda la casa como un guía turístico: no se olviden del microondas y de la licuadora que mi madre aprecia tanto. Y aquí, el reloj y la moderna calculadora del viejo ingeniero, y el televisor con su control remoto. Había algo bello en nuestro silencioso arte. Todos serían sospechosos. El jardinero, mi madre, mi padre, yo mismo. Los integrantes de la banda que habían trabajado en la casa. Y el guachimán amarrado al árbol ensangrentando un trapo.

La combi estaba llena. Era hora de irnos. El guachimán tenía la barbilla hundida contra el pecho, y su respiración era jadeante. Sentí la convicción de que él también era uno de nosotros, y eso me asqueó. No sé qué me empujó a hacerlo: una luz perdida iluminándolo o un espasmo de su rostro que me hizo pensar que sonreía. Lo pateé. Se incorporó, pero solo pudo ver la venda que cubría sus ojos. Forcejeó contra el árbol. Escupí algo viscoso y sucio sobre su frente. *El color del dinero.*

Mi padre me llamó, y desaparecimos del lugar.

Salió de casa de Carmela, y la seguí. Subió al bus en Manco Cápac. Llevaba puesto su uniforme, tan limpio y blanco como una nube de verano. No se dio cuenta de que iba detrás de ella, se sentó inocentemente frente a mí, sin mirar siquiera en mi dirección. Cerré los ojos, sentí el estruendo del bus mientras avanzaba por la calle llena de baches. El cobrador gritaba la ruta: ¡La Victoria, San Borja!, ¡La Victoria, San Borja! Aún podía verla por instantes entre los pasajeros que iban de pie. Nadie ocupó el asiento vacío a mi lado. Entonces se puso de pie. Bajó del bus, y yo la seguí.

Por supuesto, conocía el camino a mi hogar sabbatino. Era el lugar donde hacía mi tarea en la terraza del jardín y donde alguna vez había sido la compañía de mi madre. El espacio que mi padre y yo habíamos violado, casi sacrificando su medio de sustento. Pero ella siempre había estado segura allí. Y peor aún, yo también. Incluso me acogieron en su hogar desvalijado, y me consolaron cuando lloré. *Ya estás muy grande para eso, Chino. Mira, no se llevaron los libros.* El anciano ingeniero de corazón generoso trataba de que yo me sintiera mejor.

Ahora la seguía a media cuadra de distancia, avanzando como todo un experto en mis torpes zapatos verdes. Ella caminaba por la acera y yo la seguía por el centro de la calle vacía.

—¡Ma! —grité—. ¡Ma! —ella se dio media vuelta, y al verme aumentó la velocidad. Yo me apresuré para seguirle el paso—. ¡Ma! —grité de nuevo—. ¡Ma, soy Óscar! ¡Chino!

Se detuvo a la sombra de un árbol en flor y se acercó a mí.

—¿Hijo? —dijo—. ¿Eres tú?

No la había visto desde el velorio. Había dejado que sepultara a mi viejo sin mí. Ella había sostenido su mano y lo había visto morir. Ella había depositado su cuerpo en el cementerio y lo había enterrado.

—Soy yo, Ma.

—¡Chino! —gritó—. ¡Me asustaste!

—Lo siento, Ma.

—¿Qué le pasa a tu nariz, Chino?

Me saqué la nariz roja y la dejé caer al suelo.

—¿Y tus zapatos? ¿Qué es todo esto?

Saqué los pies de los zapatos de payaso y los pateé hacia la acera.

—Estoy escribiendo un artículo, Ma. Es para el periódico.

Ella asintió sin entenderme.

—Lo siento —repetí.

—¿Dónde has estado, Chino?

—Por aquí y por allá —dije. Me quité la peluca—. Ahora estoy aquí.

Me tomó entre sus brazos y me acarició el pelo. Besó mi frente y limpió el maquillaje de mis mejillas.

—¿Estás bien?

—Estuve en casa de Carmela, pero no toqué la puerta.

—Hubieras tocado —dijo—. ¿La próxima vez lo harás?

—No sé —dije—. ¿Él preguntó por mí?

Mi necesidad de saber era una farsa, pero aun así hice la pregunta. Ella me apretó más fuerte. Mi maquillaje se derretía, dejando vetas blancas en la manga de mi traje.

—Él te extrañaba, Chino —dijo ella.

Sentí la humedad cálida y salada de su mejilla contra la mía. Me sentía bien de que alguien me abrazara.

—Yo también te extrañé —dijo mi madre.

—No voy a abandonarte —le dije sollozando.

Pero en ese momento sentí que un escalofrío recorría mi cuerpo. Muy dentro de mí supe que el payaso estaba mintiendo.

22

fin